

RESEÑA DEL LIBRO  
*ARTESANOS DE LA CULPA:  
LOS INTELLECTUALES  
Y LAS BUENAS INTENCIONES*  
DE JOAN FONT ROSELLÓ

MIGUEL ANXO BASTOS BOUBETA\*

Datos de la obra reseñada:

*Título:* Artesanos de la culpa: Los intelectuales y las buenas intenciones

*Autor:* Joan Font Roselló

*Editorial:* Coc 33 Serveis Editorials, Inca, 2005

Es una tradición arraigada entre liberales clásicos y libertarios la de criticar a los intelectuales culpándolos de ser los principales difusores de ideas como el socialismo, el nacionalismo o el ecologismo que atentarían contra la esencia misma de la sociedad libre. Mises escribió *La mentalidad anticapitalista* en la que se critica el desprecio anticapitalista de muchos intelectuales (carga sus tintas especialmente contra los autores de novelas policíacas); Hayek expresa la misma idea en su ensayo «Los intelectuales y el socialismo»; Nozick explicó por qué los intelectuales odian al capitalismo y Rothbard los culpó de promover guerras y de promover el estatismo en un artículo sobre los intelectuales y la primera guerra mundial. Paul Johnson, católico conservador, en su libro *Intelectuales* nos revela la hipocresía que subyace en los comportamientos privados de muchos intelectuales que se proclaman defensores de la humanidad y Alvin Goulder nos advierte contra una sociedad gerencial dominada por los intelectuales en su *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*.

---

\* Profesor Titular de Ciencia Política y de la Administración. Universidade de Santiago de Compostela.

Joan Font, también liberal, continúa tan noble tradición en este libro en el que nos advierte del control que los intelectuales de izquierda y nacionalistas están adquiriendo en los últimos años en la sociedad española, ejemplificándolo con numerosos casos, los más de ellos centrados en la Comunidad Balear. El libro es muy brillante en algunos capítulos y la línea general de su argumentario es sólida, sin embargo hay puntos concretos en éste con los que estoy en desacuerdo, precisamente porque entra en contradicción con los valores expresados en el mismo, como se irá viendo a lo largo del texto.

Me gusta en especial un capítulo del libro, el número dos, en el que se critica la tiranía de las buenas intenciones. Con numerosos ejemplos y citas pertinentes, Font expone las consecuencias negativas de querer reorganizar al mundo desde buenos principios y el fariseísmo de muchos de los que proponen un mundo regido y dirigido por principios abstractos de bondad y armonía universales. En muchos casos el proclamado amor por el género humano no hace más que encubrir la maldad del que proclama con las gentes que le son más próximas. En el antes citado libro de Paul Johnson, *Intelectuales* se nos relata cómo filósofos que pasan por ser grandes defensores de la emancipación del género humano como Rousseau, Ibsen o Sartre eran seres mezquinos y canallas con los seres que les rodeaban y compartían su vida, sublimando tal maldad con cánticos a favor del género humano. Recordemos que Samuel Jonson se refería a Rousseau, autor que el profesor Font Roselló cita adecuadamente como ejemplo de lo dicho, cuando decía que la patria es el último refugio del canalla. Me gusta también la crítica que hace al dirigismo estatal y a su pretensión de racionalidad. El estado, en efecto, no puede ser más racional que las personas que lo componen y dado que estas son personas como las demás, sin poderes divinos, su presunta racionalidad no deja de ser más que una de esas palabras fetiche (como justicia social o bien común) que aquellos que detentan el poder estatal usan para legitimar su poder. La atribución de poderes casi taumatúrgicos al estado es uno de los dogmas del positivismo, que al igual que el nacionalismo o el socialismo no son más que religiones civiles creadas para tratar de sustituir la influencia intelectual de las religiones cristianas en Europa, como bien apunta Michael Burleigh en su espléndido libro *Poder Terrenal*. Hace bien pues el profesor Font en desenmascarar esta interesada creencia.

Pero llegados a este punto me gustaría hacer una matización a lo expuesto hasta ahora, exponiendo lo que para mí es una contradicción en su discurso y la principal debilidad el libro. El autor es hombre de partido, en este caso del PP, partido con el que yo también simpatizo, pero de la misma forma que lo hacía el filósofo conservador Michael Oakeshott con el Partido conservador británico, porque es el que menos

daño hace y no porque hiciese mucho bien, y entiendo que esto le hace perder perspectiva crítica algunas veces en su exposición. Por ejemplo, se entiende de su texto que el valoró positivamente la intervención en Irak, algo que en principio podría ser legítimo hacer, pero no después de criticar la pretensión de ingeniería social de los gobiernos (qué mayor ingeniería social cabe concebir que diseñar de nuevo a un país) o después de criticar el despotismo de las buenas intenciones (pretender saber mejor que los demás cual es su propio bien y democratizarlos lo quieran o no). Un crítico del intervencionismo tiene que saber a estas alturas que la guerra es una intervención más del gobierno, más grave si cabe pues usa la fuerza armada, que usa la misma retórica buenista y responde a los mismos intereses y motivaciones que una intervención en el mercado de la vivienda o en el control del precio de la patatas. Tanto la guerra «por la democracia» como el control de precios se justifican con la mejora de las condiciones del débil o para proteger algún abstracto e inconcreto interés general y en ambos casos las consecuencias no son casi nunca las buscadas haciendo normalmente más mal que bien. Si las buenas intenciones no se pueden imponer a los demás tampoco buenas intenciones como las de la democracia podrán ser impuestas. Como dijo Lord Byron, si alguien quiere liberarse de una tiranía o liberar a otro que coja él mismo el fusil (y que no aguarde a que otro le resuelva sus problemas). Al ser este un ensayo riguroso intelectualmente creo que el autor debería haberse distanciado de posturas coyunturales de partido y más si el contenido de estas contradicen la argumentación tan bien expuesta en el resto del libro.

Algo semejante acontece cuando habla de la educación. Es cierto todo lo que dice del control socialista, nacionalista y ecologista de la educación. La *intelligentsia* progresista controla en buena parte el ideario educativo balear, gallego y en general del conjunto de España, gracias a una hábil estrategia de corte gramsciano de hegemonización del discurso, de tal forma que todo lo que se sale del dogma de lo políticamente correcto es visto como algo extremista, sin cabida en el ámbito de la educación pública. Hasta ahí su crítica es atinada y la comparto plenamente, pero lamento que no la haya llevado hasta sus últimas consecuencias reclamando la inhibición del estado en las cuestiones educativas. La solución no está en que sustituyamos los valores educativos de la social-progresía por los nuestros (igual que a nosotros nos ofenden sus valores a ellos pueden ofenderles los nuestros) sino en que no haya unos valores educativos impuestos estatalmente a los padres. Esto es, para ser coherente con el ideario del libro lo que el autor debería reclamar y no reclama es la privatización total de la educación, lo ideal para mí, o cuando menos parcial por medio de bonos escolares. Las guerras culturales más importantes de nuestro país, originadas principalmente porque unos

quieren imponerle sus ideas sobre educación a los otros, se resolverían radicalmente devolviendo a los padres la capacidad de elegir qué educación quieren para sus hijos.

Otro aspecto que cabe discutir es la crítica radical que hace el autor de las ideologías. Las ideologías no son más que programas de acción derivados de ideas o descubrimientos en el ámbito científico y no son malas en sí. Del estudio de las teorías científicas libres de valores de la escuela austriaca en lo que respecta por ejemplo a las consecuencias previsibles del intervencionismo, muchos de nosotros animados por el deseo de mejorar el bienestar económico de nuestra sociedad (algo que sí es valorativo) asumimos y defendemos un programa político liberal o libertario que se expresa a través de una ideología o programa de acción en varios puntos, lo que no es algo malo. Lo que debemos hacer es criticar a las otras ideologías exponiendo las consecuencias que se derivarían de llevarlas a la práctica o sus inconsistencias lógicas pero no criticar a la ideología en sí, que no es más que una forma de intentar llevar a cabo nuestro ideario, que entendemos fundadamente el mejor. Lo malo no es la ideología sino la mala ideología.

Dicho esto el libro tiene muchos más elementos positivos que negativos y al menos constituye un oasis en el erial en el que se ha convertido el pensamiento español. El autor conoce a la escuela austriaca (al menos cita reiteradamente a uno de sus principales exponentes vivos, el profesor Jesús Huerta de Soto) que no se circunscribe sólo al ámbito de la economía, pues cuenta con abundantes trabajos en el ámbito de la teoría política y social. Por poner un ejemplo, aparte de los citados al comienzo del texto, el profesor Paul Gottfried, autor paleolibertario próximo a la escuela austriaca ha emprendido un programa de investigación concretado en libros como *After Liberalism*, *Multiculturalism or the Politics of Guilty* y *The Strange Death of Marxism* o en artículos suyos y de otros autores publicados en revistas como el *Journal of Libertarian Studies* o en los últimos números de la reconvertida *Telos* que se aproximan mucho a los temas que se tocan en este libro. Si profundiza en esta dirección estoy seguro de que el profesor Font Roselló encontrará excelentes fuentes de inspiración que le permitirán seguir ofreciéndonos trabajos tan sugestivos como este que comentamos aquí.